



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

La propiedad literaria de esta Disertación está asegurada en la forma
prescripta por la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

CONQUISTADORES ANTIGUOS Y MODERNOS

Amicus Plato, sed magis amica veritas.

AL recibir en la soledad del retiro á que pertinaz dolencia me tiene confinado, la fausta nueva de que acababa de aparecer bellamente impresa una obra histórica del Sr. Lic. D. Genaro García, llamada, en el sentir de mi informante, á producir honda conmoción entre los que se dedican á este género de estudios, sentí inmenso júbilo. Porque la publicación de un libro de ese linaje, es una señal de que hay todavía en México quien se dedique á graves y educativas disquisiciones históricas, y es consolador saberlo en los días que corren, de apartamiento y desdén hacia lo que no conduzca derechamente á obtener, en vez de brillantes palmas de gloria, grandezas materiales y por su medio el respeto y los halagos que aparejados trae consigo la riqueza. La publicación de una obra extensa, desprendida de toda ambición innoble, la juzgué desde luego como una prueba palmaria de que *la fiebre de los negocios* permite á las veces la ejecución de trabajos que demandan un espíritu sereno, libre de las preocupaciones que absorben por completo á los que no conocen los apacibles y tranquilos goces de que las letras son inagotable manantial.

Ardí desde aquel momento en deseos por obtener el nuevo libro, y antes de mirarlos satisfechos, llegó á mis manos el entusiástico ó, para decir toda la verdad, el fervoroso elogio que del autor y de la obra hizo en las columnas de un diario, otro joven escritor á quien las letras patrias son deudas de muchas y muy interesantes lucubraciones también históricas: el Sr. D. Luis González Obregón.

La lectura de ese elogio vino á llenarme de tristeza, decirlo de-

bo con toda sinceridad. Y no se crea que despertó en mí tal sentimiento por lo que en honra del Sr. García allí se expone,—que ajeno soy á rastrera envidia,—sino porque me pareció oír algo así como un toque de atención, como un anticipo de las impresiones que la obra me había de causar, toda vez que mis particulares ideas, que lo que podría llamar mi credo en materias históricas, está en absoluta discrepancia con el credo del Sr. García, como lo está con el del Sr. González Obregón.

Aunque prevenido así mi ánimo, conságrame á la lectura de la flamante producción, con detenimiento tan grande, que más bien que lectura fué estudio el que de ella me propuse hacer. Fruto de ese estudio es la disertación que hoy ofrezco al público lector, temeroso, no debo ocultarlo, de que provoque torcidas interpretaciones.

Como quiera que sea, debo comenzar y comienzo por hacer una declaración previa, y es: que en la análisis y crítica de la obra del Sr. García no entra por modo alguno el deseo de amenguar el alcance de los elogios que otros le tributan, ó de rebajar la gloria á que noblemente aspira quien, como él, se lanza á las arriesgadas lides de la inteligencia en filas que cada día se aclaran más y más se merman en México. No obedecen ciertamente á tales propósitos las observaciones que trato de hacer, dicho quede desde ahora; para que ni él ni nadie, me tengan por adepto de la escuela lapidadora de reputaciones, ó por ministro de esa especie de iglesia que sólo tiene anatemas para los que en ella no comulgan. Porque ¿quién lo ignora? Suele entre nosotros, cada vez que aparece un nuevo libro, desencadenarse una tempestad de dicterios y diatribas capaces de infundir, al autor sobre el que esa tempestad descarga su furia, incurable tedio y enervador desaliento; suelen recogerse amargos frutos en vez de paladear la dulcísima satisfacción que se experimenta al oír juicios imparciales, de recta intención, que si bien es cierto, son, en ocasiones, desfavorables, revelan siempre que no ha pasado inadvertida la obra y que por lo mismo que no se la encuentran baladí se la estudia y se la discute.

Antipatías personalísimas y espontáneas, emulaciones ruines, intransigencias de sectarios, fanatismos de escuela, en apretado ayuntamiento se conjuran para socavar los cimientos que pone el escritor para asentar en modesto pedestal su nombre. Diríase que las pasiones innobles, á semejanza de aquellos insectos parasitarios que se amontonan sobre las ramas florecidas de algunos vegetales para secarlos é impedir que lleguen á dar sazonados

y deleitosos frutos, se asocian é hincan el diente envenenado en el publicista que sólo alentaba la aspiración generosa de ofrecer á sus compatriotas el panal elaborado tras largos y penosos desvelos con lo que de mejor había en su cerebro, ó con la miel recogida en las flores de otros intelectos.

El recuerdo en este lugar y en el actual momento, de ese linaje de obstáculos, no es inoportuno, por mucho que maraville á los que piensan, porque no están al corriente de lo que pasa entre nosotros, que la avanzada ilustración que sin cesar se pregona ha hecho ya desaparecer esos obstáculos. No, los antiguos procedimientos están aún en uso, á pesar del modernismo imperante en ciertos géneros literarios.

Vea pues, el Sr. García en lo que voy á decir, no la censura enconosa ni el apasionado ataque, sino la expresión franca y sincera de mis convicciones, sin presuntuosos dogmatismos ni pujos de magisterio ridículo. Al manifestarle lo que siento y pienso después de estudiar detenidamente su libro, no presumo, por más que dicte mis razonamientos el amor purísimo á la verdad, que ese sentir y ese pensar lo hayan compenetrado de tal modo, que mis observaciones y reparos constituyan algo que sea irrefutable, algo que se imponga incontrastablemente. Mas tiempo es ya de entrar en materia.

Lo primero que se debe de cuidar cuando se trata de refutar una tesis, es no interpretarla maliciosamente, sino exponerla con la mayor fidelidad. Procediendo así, el autor de ella no puede acusar á su impugnador de atribuirle ideas que no son las suyas ó de tergiversar aquellas cuya paternidad reconoce.

Obedeciendo este precepto fundamental de toda crítica sana y justiciera, comenzaré por dar á conocer,—á quienes no hayan leído el libro del Sr. García,—el asunto en que se ocupa, el propósito que persigue, y el procedimiento empleado para deducir las conclusiones que de su obra se desprenden. Y como deseo alejar de antemano toda sospecha de prejuicios ó apasionamientos, voy á valerme de la síntesis hecha, no por otro crítico, sino por un panegirista devoto de la nueva producción, que con ella comulga, y á quien por tales motivos no podrá tachar el Sr. García. Refiérome al Sr. D. Luis González Obregón que es,—como no sin razón asienta el autor del *Carácter de la Conquista española en América*,—«un joven que ocupa muy distinguido puesto entre nuestros historiadores más autorizados, tanto por su vasta y sólida erudición, cuanto por su juicio claro y sereno.»

Dice, pues, el Sr. González Obregón:

«En el libro 1º de esta importante obra, el autor estudia los antecedentes indispensables á la materia en que se ocupa, á saber: al pueblo español desde la época de la dominación romana hasta la de Felipe II; pueblo que odia á los infieles por fanático, que comete con ellos crímenes que horrorizan por cruel, y que les arrebató sus riquezas por avaro. Estudia también la índole de los españoles venidos á América, deteniéndose en considerar aparte á los seglares y á los eclesiásticos: los primeros de la peor ralea, presidiarios, condenados al último suplicio; aventureros por lo menos, que emigraban en busca de fabulosas riquezas; los segundos, avaros y codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres.

«Con estos antecedentes, que reseña hábilmente á grandes rasgos el Lic. García, los hechos que informan el libro segundo de su obra, se explican fácilmente; pero el ánimo más sereno é imparcial se subleva contra aquella serie de iniquidades que los castellanos cometieron con los vencidos. Rapiñas las más groseras, crueldades las más salvajes; incendios los más injustos, violaciones las más repugnantes, son los rasgos generales y continuos, que acompañados del más grosero fanatismo, caracterizan la Conquista española en América, la cual encharca los pueblos en sangre, despoja de tierras y fortuna á sus habitantes, y á pretexto de evangelizarlos los embrutece y esclaviza.

«Cuadro tan desolador, sólo tiene una grandiosa figura, que crece con los siglos, el P. Las Casas, y un grupo de contados y venerables varones, los misioneros, que á ejemplo de aquél abogaron por la más justa de las causas, y fueron de los poquísimos que consolaron á los indios en sus infortunios.

«Especial capítulo consagra el autor á la Conquista de México, y sin temor de pecar por lisonjero, juzgo que es un cuadro completo y fiel de ese período histórico de nuestros anales, que además contiene nuevas é importantes investigaciones que habían escapado á la erudición de los contemporáneos.

«En el libro tercero y último de la obra, el autor se ocupa en estudiar los «Resultados de la Conquista,» como fueron, las guerras de invasión, la conducta posterior de los castellanos, la población indígena precolombina, la despoblación general de América, y la degeneración de los naturales. Consigna un dato el autor en este último libro, que es el resumen, la mejor síntesis de cómo se hizo la Conquista y los resultados de ella para los vencidos;

dato de un español, del Cronista Mayor de las Indias, Don Antonio de Herrera, quien dijo que: «se falla que faltan en sesenta e ocho años muertos á nuestras manos, «quarenta millones en todas las Indias;» e de solo cargar los ombres, «quinze millones.»

Como se ve, evitó cuidadosamente el Sr. García apuntar siquiera un solo hecho digno de loor en los conquistadores; no dejó ni el más débil intersticio por el cual pudiese penetrar un rayo de luz que contrastara con la densísima tiniebla; cubrió la tierra toda de sangre y de cadáveres, evocó espectros pavorosos, hizo resonar de nuevo los ayes de las víctimas; pobló el aire de maldiciones, recogió los desahogos más virulentos de los censores coetáneos de Cortés, y terminó por exclamar con santa indignación: he ahí á los conquistadores de América hundidos hoy por mi brazo vengador en noche eterna; execradlos sin tregua ni descanso; de su obra impía no se han derivado sino desgracias; las generaciones que tienen principio y raíz en los conquistadores, llevan la mancha indeleble de este nuevo *pecado original*.

Ciertamente que el Sr. García no ha estampado estas mismas palabras; no, lejos de mí el calumniarle; pero, aun sin leer su libro, con leer no más la síntesis que acabamos de copiar, debida al Sr. González Obregón, cualquiera comprende que no pecho de exagerado al imaginar que pudo concebir esa idea ya que no expresarla.

Y bien, ¿es esta la manera de escribir la historia? ¿este es el concepto que los más ilustres publicistas tienen formulado sobre la magna y educadora empresa de evocar el pasado? ¿Tal es, en el sentir del Sr. García, el fruto opimo de la modernísima ciencia de la filosofía de la historia?

Si las disquisiciones de esta índole no han de tener más objeto que acumular testimonios desfavorables á los hombres de otros siglos, espigando al efecto aquí y allí, en determinadas obras que legaron á la posteridad algunos varones austeros y generosos que no compartieron los errores, los vicios y los crímenes que informaban la conducta de los soldados y aventureros de su época, y que por haber sabido sobreponerse al influjo de las ideas entonces comunes y corrientes, las encontraron no sólo absurdas sino perniciosas y las condenaron con viril entereza; si el sociólogo de nuestros días debiera manejar no la pluma sino el escalpelo, y su tarea se redujera á destrozarse en la plancha del anfiteatro osamentas, que no cadáveres, por el solo placer de proclamar que los guerreros de pasados siglos fueron un receptáculo de todo lo deforme, de todo lo nauseabundo, de todo lo que por infame inspira

odio, entonces no hay objeción ni reparo alguno que hacer á la ingrata labor emprendida por D. Genaro García y de la que es fruto el libro que acaba de dar á la estampa. Pero como por muy distintos senderos discurren los pensadores que encauzan las corrientes intelectuales en los días que alcanzamos, inquiriendo la verdad por el solo hecho de ser digno de espíritus esforzados ponerla al servicio de la humana especie, maravilla y entristece que un joven empapado en las teorías modernas, cultor ferviente de los estudios sociológicos, admirador devoto de Spencer, emplee largos días en la busca pacientísima de cuanto puede conducir á demostrar que los conquistadores del siglo XVI, que al nuevo mundo llegaron, fueron nada más que *españoles de la peor ralea, presidiarios, condenados al último suplicio, si seculares, y si eclesiásticos avaros y codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres.*

El Sr. García, tan apacible, tan equilibrado como le habíamos conocido, se nos presenta inesperadamente en su nuevo trabajo, rencoroso, agresivo, vehemente, encarnizado, implacable, y esa transformación se debe á que se hundió en el mar lleno de sirtes de las viejas crónicas, no para extraer perlas de magnífico oriente—pocas que fueran pero siempre valiosas y dignas de imperial diadema—sino las negras conchas de moluscos viscosos, abandonadas en el fondo del Océano; sucias envolturas de cadáveres que, por dicha, no despiden ya miasmas deletéreos, porque los siglos, como las aguas saturadas de cloruro de sodio, destruyen los gérmenes de descomposición. ¡Buzo infortunado en verdad!

El Sr. García ha enhebrado sus descubrimientos en un hilo que si no fuera tan negro, apenas sí sería perceptible, y que de ese color se le buscó precisamente para que no hubiera solución de continuidad entre sus comentarios y los pasajes de los cronistas adversos á los conquistadores.

Yo comprendo á Taine hacinando en sus *Orígenes de la Francia contemporánea* iguales ó mayores y más espantables crímenes que los que hace desfilan ante nuestros ojos en procesión siniestra el Sr. García; porque Taine desafié así, con audacia pocas veces superada, las iras de no escasa porción de un pueblo que todavía se ufana proclamando las doctrinas de los hombres del 93; porque Taine asestaba sus tiros á los sectarios de una pseudo religión disolvente, capaz de conmovir los fundamentos en que descansa no la sociedad francesa nada más, sino todas las sociedades cuyo acerbo civilizador es la Francia. No sólo le comprendo, sino que le admiro cuando medito en la generosidad y grandeza de su anhelo

por destruir ídolos cuyo culto tiene feroces ministros, para lograr saludable regeneración, y cuando le veo procurar reducir á sus naturales proporciones con la poderosa masa de su personal criterio, figuras que aún están de pie sobre altos pedestales, no le sumpongo poseído de un furor iconoclasta irreflexivo y ciego, sino que le reconozco como insigne revelador de verdades, para que su patria y la humanidad cuyos son los senderos que trata de iluminar, no caminen desatentados á precipitarse en pavorosos abismos. ¿Pero, ocurre nada de esto en la obra del Sr. García? Lejos, muy lejos de ser así, nadie tributa, aquí ni en ninguna parte, culto á los conquistadores de América en el siglo XVI; nadie ni los más retrógrados, los enaltece y presenta como modelos dignos de ser imitados; ninguno los ha llamado impecables, sin mácula; ninguno suspira por el régimen que fué la consecuencia indeclinable de la conquista. El credo republicano hoy, no es una mera idea especulativa; la democracia es un dogma; cada uno de los mexicanos está dispuesto á ofrendar su sangre y su vida misma en aras de su patria libre, de su patria independiente, de su patria grande y próspera bajo la tricolor bandera que es su lábaro sacro.

Esto de una parte; de otra, la nación progenitora ni nos acecha ni amenaza; antes por el contrario, ambiciona estrechar los lazos de amistad que se crearon una vez muertos los odios y rencores á que diera ser la lucha que á nosotros nos hizo independientes y á ella mermó sus dominios. Por eso no veo fin práctico y útil en la labor llevada á cabo con energías dignas de mejor causa por el Sr. García; por eso creo que viene fuera de sazón ó tiempo oportuno. Demás de esto, no es generoso, no es hidalgo en los momentos actuales acribillar á un pueblo desangrado por enemigo potentísimo, desposeído de las colonias ultramarinas que conservaba todavía en el último lustro del siglo XIX; á un pueblo que pugna por regenerarse y que, con la mirada fija en lo porvenir, no ha de querer ni poder emplear el tiempo en vindicarse de lo pasado y en reivindicar sus antiguas glorias. Y aun suponiendo que los españoles de hoy fueran nuestros enemigos, todo ataque ó provocación es censurable. La España de 1901 es un herido al que cobija una tienda sobre la cual ondea la humanitaria enseña de la Cruz Roja.

Demos por sentado en abono del Sr. García, que no trató de encarnarse con la España de nuestros días, y que al reconstruir á su modo la historia de la Conquista de América, persiguió únicamente el esclarecimiento de la verdad. Pues bien, ni aun concediendo

que así haya sido, se justifica la virulencia de sus afirmaciones ó juicios, y su sed insaciable de noticias desfavorables á los españoles del siglo XVI, para presentárnoslas.

Que al servicio del tal empeño pusieran sus conocimientos los que prepararon el movimiento insurreccional de 1810 para romper las ligaduras que la nación dominadora forjó y mantuvo durante tres siglos, bien se comprende y explica. Porque entonces era necesario de toda necesidad derramar á torrentes la luz sobre las obscuras conciencias de las incultas masas del pueblo; porque en aquella sazón hasta las exageraciones más estupendas tenían razón de ser, toda vez que mientras mayor fuera el odio que inspiraran los dominadores á quienes se quería derrocar, mayor también sería el número de prosélitos que seguiría á los apóstoles de la doctrina libertadora. Que mientras no estuvo consolidada la obra de Hidalgo se haya procurado traer á la memoria del pueblo, en los grandes aniversarios, el pasado con sus exacciones desapoderadas, con sus inquisitoriales torturas, para subyugar con esos recuerdos el ánimo de las muchedumbres que se arremolinan junto á la tribuna cívica, nadie podrá extrañarlo, porque esos eran los medios necesarios para sugestionar á los nuevos ciudadanos; porque para hacer que todos amen á los héroes que realizan los grandes hechos que cambian el modo de ser de las Naciones, nada tan eficaz como la exhibición del cuadro en que aparecen la brillante luz del presente en contraposición con las densas sombras del pasado. Pero todo debe hacerse en el lugar y tiempo oportunos.

El orador que se dirige á las turbas indoctas no se expresa de igual manera que el orador de las academias científicas; como el periodista de combate es distinto del historiador docto y reposado. Por eso no aplaudo los recursos de que el Sr. García se vale para historiar hoy la conquista y hacer que perdure el odio á los que la realizaron. Hierven en su libro rencores que podría llamar yo retrospectivos; saña que no se amengua ni ante las tumbas cubiertas por el polvo de los siglos; y esos rencores y esa saña me parecen, por modo absoluto, impropios en un escritor sesudo que trata de infundir su criterio, y creo que en vez de conseguirlo, desautoriza su tesis desde el momento en que da lugar, él mismo, á que el lector se pregunte á qué obedece en la época actual la exhumación de un proceso fallado sin apelación tiempo ha por el tribunal augusto de la conciencia humana.

Ya no sólo en las obras sobre historia patria, escritas para la enseñanza de las nuevas generaciones, en los discursos patrióticos

de los que se dirigen á las masas populares anualmente el 16 de Septiembre, son bien distintos los procedimientos que los pensadores emplean desde hace algunos años. Tanto es así, que no se ha dejado oír una sola palabra de protesta cuando un orador ha expresado en la tribuna cívica, en 1886, los conceptos que siguen:

«Serenos ya el ánimo tras las perturbaciones consiguientes á las grandes crisis que conmueven á los pueblos al verificarse una evolución social, como se conmueve la naturaleza en los momentos de un gran fenómeno físico; ilustrada la razón por el estudio de las causas y consecuencias de la insurrección de 1810, vemos que los tres siglos que antes llamáramos solamente de odiosa servidumbre, no fueron sino una de las etapas que habíamos de recorrer para llegar á inscribir el nombre de nuestra patria entre los de las naciones autónomas, y que, durante ese período histórico tuvieron origen y desenvolvimiento las ideas y los demás elementos constitutivos de la nacionalidad mexicana.

«Obedeciendo á la incontrastable ley del progreso, un pueblo formado con la fusión de dos razas valerosas y abnegadas hasta el sacrificio, conquistó su independencia, revelando al mundo la alteza de sus miras, lo heroico de su valor y lo singular de su constancia.

«No era posible que la nación dominadora se resignase á mirar impasible la pérdida de uno de los más ricos florones de su corona, ni era posible tampoco que los descendientes de Cuauhtemoc, una vez iniciada la lucha, cesasen en sus propósitos. De aquí la tenacidad y la grandeza de esa lucha, y de aquí también que sea más glorioso el vencimiento alcanzado por los mexicanos.

«Restañada la sangre, cicatrizadas las heridas, disipado el humo y el fragor de los combates, y muertos los rencores de los contendientes, sucedió lo que no podía menos de suceder: vimos que la conquista española había sido un bien, toda vez que merced á ella trocóse la sangrienta religión azteca por las dulces y consoladoras creencias cristianas; vimos que España, de cuanto á la sazón poseía, nos había hecho partícipes, y que, su habla rica y sonora, su escritura fonética, sus artes, sus hidalgos sentimientos, su valor indomable, todo nos lo habíamos asimilado; comprendimos que podíamos gloriarnos de que en nuestras venas circulase, mezclada con la sangre mexicana, la sangre de aquella raza que tanto ha contribuido al humano progreso; y al encontrarnos desligados de la nación que fué nuestra dominadora, nos enorgullecimos de ser libres, pero sin renegar de nuestro origen, y resueltos á no desmen-

tir jamás con nuestros hechos las virtudes que habíamos heredado.»

¿Pero qué mucho? Ayer, en el último aniversario del fallecimiento del más ilustre prócer mexicano, del indio de Guelatao, arrebató hasta el delirio á innúmeros oyentes un joven, inspirado tribuno, al proclamar en frase brillantísima, que «hemos perdido la fe en las quimeras del jacobinismo, pero la tenemos cada vez mayor en las verdades de la ciencia; que ya no nos exalta la raudalosa elocuencia dantoniana arrastrando en su furia mantos desgarrados y cetros rotos, pero nos entusiasma la serena voz de la filosofía que deposita limo fecundo en las almas y jamás desborda cóleras destructoras de su profundo cauce; que nos burlamos un poco de las disertaciones incoloras y pedantescas de Robespierre y estudiamos en Rousseau un caso patológico; que los reyes, los frailes y los nobles, que habían perdido la fisonomía humana con los corrosivos de la literatura demagógica que los llamaba y los llama, hidras, vampiros, endriagos, nos parecen en la historia científica, con sus facciones normales, como hombres semejantes á los demás hombres, algunas veces liberales, complacientes, artistas; que analizamos y que nos explicamos, sin odiarlas «á priori» *las etapas más infaustas de la crónica humana*; que ya no creemos que la regeneración universal brote de un discurso epiléptico de encrucijada, aplaudido por el populacho ebrio que deserta de las escuelas y de los talleres y armado de formidables picas levanta en triunfo á Marat, grotesco y patibulario, sobre los bonetes rojos; que no creemos en la utópica democracia del «Contrato Social,» idealmente bella, como un diálogo platónico, trazada á maravilla con la armonía matemática de los silogismos, pero falsa de toda falsedad; que, por último, hoy vemos evaporarse en el horizonte las últimas humaredas de la Convención.»

Eso dijo el Sr. Urueta, que es el orador á que aludimos, precisamente en un día del propio mes de Julio en que fué puesto á la circulación el libro del Sr. García. La juventud que llena actualmente las aulas, los legisladores, los estadistas, los representantes de las clases obreras, los de las Academias científicas, el pueblo todo, cuantos con ardentísimo entusiasmo significaron al Sr. Urueta con no interrumpido aplauso que compartían sus ideas, ¿compartirán también las del Sr. García que son, en los albores del siglo XX, la antítesis más perfecta del concepto de la modernísima ciencia de la filosofía de la historia?

Pasemos á otro género de consideraciones. Enamorado, y con razón el Sr. García, de la altísima figura del venerable Fray Bartolomé de las Casas, el santo apóstol de la caridad cristiana, noble y heroico defensor de los indios, su protector más eximio, *Padre de los americanos*, como decía la antigua inscripción grabada en el Colegio de San Gregorio, no se concreta á tributarle el culto de su admiración acendrada, y á la que es, no me cansaré de repetirlo, acreedor por indiscutible derecho, sino que tómale por modelo al constituirse hoy en el acusador implacable de los conquistadores, y emplea el método seguido por su maestro amado, de hacinar horrores, nada más que horrores, de no admitir atenuante alguna, como por ejemplo ésta: la esclavitud no sólo estaba aceptada en el siglo XVI aun por los pontífices y por los más cristianos varones, sino por el mismo Fray Bartolomé de las Casas que se hizo reo de ese delito, puesto que tuvo esclavos á su servicio. ¿Quién lo ignora?

Para conocer hasta dónde llega en sus extravíos la pasión del Sr. García, á quien el Sr. González Obregón califica de historiador sin prejuicios ni apasionamientos, y para dar á sus afirmaciones su justo precio, basta fijarse en las locuciones que emplea cuando trata de deprimir, á quien quiera que sea, si no es de su devoción.

En la página 379 de su libro, encontramos los párrafos que van á continuación: «Varios testimonios fehacientes podríamos aducir aún sin trabajo alguno en comprobación de los asertos anteriores, pero de intento vamos á limitarnos al del P. Motolinia, *el émulo más procaz* que tuvo nuestro intachable don fray Bartolomé de las Casas.» —Llena á seguida cerca de tres nutridas páginas con las tremendas acusaciones que Motolinia hizo con espíritu justiciero, y agrega: «Son sin duda contundentes las confesiones hechas por el mismo *fraile* que á la vez que con mayor exaltación *osaba atacar al sublime defensor de los indios don fray Bartolomé de las Casas* llamándole vago, bullicioso, y falto de sosiego, embustero y torcido, prodigaba en cambio alabanzas serviles á los conquistadores, pues fué el propio Motolinia quien afirmó que ninguno como Cortés «amó y defendió á los indios en este mundo nuevo.»

Las Casas para el Sr. García, era don, es decir señor; era intachable y sublime, era Bartolomé *de las*, es decir, noble; Fray Toribio de Benavente era simplemente Toribio, sin *don*; *fraile* (en tono despectivo) procaz y osado. No importa que sea uno de los historiadores primitivos, no importa que en su *Historia de los indios de Nueva España* condene los crímenes y desmanes de los conquista-

res, y que haya merecido por eso que copiase muchas páginas de él el Sr. García en apoyo de su tesis; no, la gratitud imperecedera se debe al que en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* y en la *Historia de las Indias*, dejó al autor del *Carácter de la Conquista española en América*, la mayor suma de informaciones, como diría hoy un repórter. A Don Fray Bartolomé de las Casas, autor de esas obras, y sobre todo por la segunda, corresponde todo honor, porque en opinión del Sr. García *ninguna otra tiene más autoridad respecto de Colón y de los primeros años de la dominación española en América*. Si esto fuera rigurosamente exacto, el autor á quien refutamos podía muy bien haber limitado su tarea á reimprimir la *Historia de las Indias*, poniéndole como prólogo el mismo que aparece en el *Carácter* y como epílogo el capítulo intitulado: «Resultados de la Conquista.»

Tamaña injusticia demanda una reparación. Para obtenerla, llevemos al Sr. García al terreno de la historia.

Las Casas y Motolinia son dos personalidades dignas ambas de inmortal memoria, aunque completamente dispares. De la primera no necesitamos hacer extenso panegírico; ya el Sr. García agotó los epítetos del léxico español, en loor del defensor de los indios, y hasta le llamó *irreparable* (pág. 7) cuando de su pérdida podría decirse, mas no del sujeto. De la segunda personalidad, es decir, de la de Motolinia, tan impiamente ultrajada, sí es necesario hacer meritisimo recuerdo, vindicación debida.

Fray Toribio de Benavente vino á Anáhuac antes que Fray Bartolomé de las Casas, formando parte de aquella *Custodia* presidida por Fray Martín Valencia y de la cual uno de los más grandes pensadores de nuestra época ha dicho: «trece frailes, un verdadero apostolado de fe, de humildad, de pobreza, de fervor; hombres en quienes había tornado al mundo el espíritu angélico del fundador; toda la ternura, toda la dulzura de la religión de Francisco de Asís era necesaria para mostrar al mundo, en aquella época, españoles que no fueran duros, que no fueran crueles; los frailes de la custodia sólo lo fueron con ellos mismos. El indio fué hijo suyo desde aquel instante; la consagración al estudio de las lenguas fué la ocupación principal de los frailes, etc., etc.»

Fray Toribio fué, lo repetimos, uno de esos apóstoles, y su obra fué *más práctica*, dados los días en que á ella se consagró por modo absoluto, que la obra de Don Fray Bartolomé de las Casas, toda vez que las penalidades del misionero en el siglo XVI, sufridas en bien de los indios, significaban más entonces, que cruzar siete

veces el océano, como Las Casas lo hizo para no ser escuchado sino por la posteridad, y escribir dos libros llenos de invectivas y recriminaciones. Seguramente por eso los indios amaron y reverenciaron á Fray Toribio, le demostraron gratitud mientras vivió y le lloraron después de muerto. Los indios fueron los que al verle con el hábito raído le dijeron *Motolinia*, es decir, *pobreza*, y como esa voz nahuatl traducía sus votos, *Motolinia* quiso llamarse, y con ese nombre ha llegado hasta nosotros. Las Casas debió al soberano español el título de *Defensor de los indios*, como le debió la mitra de Chiapas. A Motolinia le titularon los indios, y el soberano español no ciñó con una mitra la frente del *pobre* misionero!

Sucede al Sr. García con el P. Las Casas, lo que á los lectores que sólo tienen un autor predilecto; lo que á los amantes con su primera novia: fuera del uno ó de la otra, no ven jamás cualidades supremas: no hay talento, no hay verdad, no hay belleza, no hay virtud, posibles. Lea el Sr. García lo que D. Fernando Ramírez y lo que Icazbalceta han escrito acerca de Motolinia, y comprenderá cuán injusto ha sido al calificarle de *fraile procaz*.

Las Casas y Motolinia perseguían un mismo fin; solamente que, para alcanzarlo, empleaban distintos procedimientos: el uno, creía que las mayores vehemencias eran pocas, tratándose de defender á los indígenas; el otro, juzgaba necesarias la moderación y la templanza para no irritar á los conquistadores, si se deseaba, en bien de aquellos, dominar la fiereza de éstos. Esa moderación ponía fuera de sí á Las Casas; aquellas exaltaciones eran propias en concepto de Motolinia para agravar los padecimientos en vez de curarlos. De ahí el inevitable choque. Tercos ambos, persistían en sus medios de acción y se acriminaban recíprocamente, pues hombres eran, y aunque seres superiores desde otros puntos de vista, vulgares en las luchas del amor propio: *Inde ira*.

Lea el Sr. García con detenimiento el admirable trabajo de D. Fernando Ramírez, autor nada sospechoso para él,—ó sean las *Noticias de la vida y escritos de Fray Toribio de Matolinia*,—y verá en éste «al misionero infatigable, al caritativo y animoso defensor de las razas conquistadas, al ardiente propagador de la civilización cristiana,» verá que él fué el *último* de los doce misioneros, que pagó tributo á la tierra que había fecundado con su doctrina, edificado con su virtud, é ilustrado con sus apostólicos afanes, tan dilatados como útiles y meritorios, y verá por último que Motolinia, considerado en otro teatro, no menos interesante para la civilización que para su propia gloria,—en el de las letras,—«ocupa y ocu-

pará siempre un lugar distinguido, como fuente abundante y pura de las tradiciones primitivas de la civilización cristiana, y de otras muchas, preciosas, de la historia antigua del país.» En ese estudio del Sr. Ramírez, que puede colocarse junto á los mejores de su género, debidos á plumas que el universo todo ensalza y admira, D. Genaro García hallará cuanto ha menester para borrar la despectiva frase que empleó irreflexivamente, de que Motolinia era un *fraile procaz*, y todo esto lo hallará el Sr. García mezclado con elogios de altísimo precio al R. P. Don Fray Bartolomé de las Casas, á quien nadie pretende arrebatar su merecida gloria, ni disminuir en un ápice los indubitables merecimientos.

Si me he permitido recomendar al Sr. García que abarque en un estudio serio y profundo la personalidad entera de Motolinia, es porque creo, con un gran escritor, que no se aman los detalles, los fragmentos de verdades y de cosas; que para conocer éstas y amarlas, es necesario verlas enteras, vivas, en el enlace ordinario con toda la realidad, y esto sólo se consigue á partir de una idea unitaria, un concepto del mundo, mejor: una visión, una intuición, una creencia.

Esa visión, esa intuición, esa creencia, se echan de menos en el *Carácter de la Conquista española en América*, porque su autor ha amado los detalles, los fragmentos de la historia de la Conquista, como al referirse á Motolinia le ha condenado tan sólo porque no compartió los ideales y procedimientos de Las Casas y con él luchó como ninguno.

Por lo que á mí respecta, no he querido ni con mucho establecer un paralelo entre ambos contrincantes; porque, fundándome en autoridad grave y sesuda, creo que el sistema de comparaciones es malo cuando se convierte en parangón, y yo no quisiera caer en el defecto de echar luz sobre lo que prefiero, á costa de acumular sombras en otra parte; deficiencia crítica muy generalizada, que siempre evito, siguiendo las doctrinas de los maestros en el arte de escribir vidas é historias.

Restablecer la verdad en lo que á Motolinia atañe, juzguélo no solamente justo sino oportuno; porque mejor testimonio no cabe para demostrar que el Sr. García se deja arrebatar por la pasión al formular sus sentencias, que el testimonio que proporciona la breve frase en que condena á un defensor de los indígenas, tan ilustre como lo es Motolinia. Y pues se trata de vindicaciones, hay otra que también nos solicita: la de la memoria de Bernal Díaz del Castillo.

Tan grande es la inquina del Sr. García contra los conquistadores del siglo XVI, que cuando á alguno de ellos no puede denigrarle se conforma con callar sus mejores títulos, con desdeñarle. Vemos así que á pesar de ser historiador primitivo de los más frecuentemente citados por el Sr. García, como autoridad, en la Tabla bibliográfica se limitó á unas cuantas líneas biográficas en las cuales cuidó de suprimir el menor elogio.

Si D. Genaro García hubiere querido ser justiciero, poco ó ningún trabajo le habría costado extractar algunas frases de las que D. Luis González Obregón dejó estampadas en uno de sus mejores libros, que se intitula así: *El capitán Bernal Díaz del Castillo, Conquistador y Cronista de Nueva España*.

Como el Sr. García tiene, y con razón, formado el mejor concepto de los trabajos históricos del autor de *México Viejo*, elogios desapasionados del Sr. González Obregón á Bernal Díaz del Castillo serán los que recordemos en este lugar.

Famoso capitán é inimitable cronista, hijo de familia distinguida, que desde muy joven se lanzó á la azarosa existencia de aventurero y conquistador, impulsado por el espíritu que animaba á sus coetáneos, por ardor caballeresco ó por afán de lograr fortuna; con debilidades que deben disculpársele por ser comunes á todos sus contemporáneos, ese fué Bernal Díaz del Castillo, al decir del Sr. González Obregón. De su única obra histórica, afirma que es una inestimable crónica que á pesar de todos sus defectos de estilo y de fondo *es el documento más auténtico y veraz que tenemos, junto con las Cartas de Hernán Cortés* para escribir la historia de la conquista, porque Bernal Díaz en su obra, ruda pero pintoresca, nos transporta á aquellos tiempos; presenciamos con él todos los sucesos; conocemos con sus retratos, faltos de arte, mas llenos de vida y de colorido, á todos los *héroes*, á todos los conquistadores, desde el último soldado hasta el audaz conquistador, jefe de la atrevida empresa; que esa obra nunca se cansa uno de leerla y de consultarla; que en ella se refleja el hombre, rudo y franco, y el verdadero cronista, desaliñado, pero sincero.

¿Por qué escribió Bernal Díaz su crónica? El Sr. González Obregón nos lo dice: «Preñada su mente de recuerdos, sintiendo el dolor de sus heridas, más en el alma que en el cuerpo, por la ingratitud que había olvidado sus hazañas; más con el objeto de presentar á la posteridad los GLORIOSOS HECHOS DE SUS COMPAÑEROS DE ARMAS, que los suyos propios, aunque sin callar éstos, y en fin, con el noble deseo de rectificar errores de mal informados cronistas,

empuñó la pluma como antes la espada, para legarnos ese libro inimitable, mezcla de memorias personales, con hechos extraños, embrión de historia, pero crónica sincera, verídica, pletórica de datos y episodios, rica en anécdotas, no pobre en reflexiones atinadas, severa en juicios, y aunque burda y desaliñada en la forma, de amena y deleitosa lectura.»

Díganos con lealtad el Sr. García si después de leer el libro del Sr. González Obregón sobre Bernal Díaz y su obra, queda en pie la afirmación de que ninguna otra, después de la de Fray Bartolomé de las Casas, tiene más autoridad respecto de Colón y de los primeros años de la dominación española en América, y díganos á su vez el Sr. González Obregón cuándo fué justiciero: si al tejer hace ocho años la corona magnífica de laurel para el conquistador cronista, ó recientemente al medir con el mismo rasero á todos los conquistadores de México, llamándoles escapados de presidio y de la peor ralea, juicio que no se conforma con el reconocimiento de que hubo héroes inspirados por ardor caballeresco, que realizaron hechos gloriosos, y cuyas debilidades deben disculparse por haber sido comunes á todos sus contemporáneos.

Hay otro cargo que formular. El Sr. García pretende aparecer como el primero y el único que se ha atrevido á presentar en toda su horrible desnudez la imagen de los conquistadores de América. «Preciso es,—dice en el prólogo de su obra,—que alguna voz, siquiera sea en las postrimerías del siglo XIX, rinda tributo á la verdad y á la justicia, al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los infortunados indígenas de América.»

Cualquiera, al escuchar estas palabras creería que, nuevo Las Casas, es el Sr. García el historiador justiciero por excelencia, el solo paladín de la verdad, el único valiente acusador de los conquistadores. Y no es exacto, y si no conociera yo la modestia del autor del *Carácter de la Conquista española en América*, diría que sus palabras poco ha transcritas son un signo de presunción y de soberbia, y que con refinada malicia calla los nombres de muchos y muy imparciales historiadores que le han precedido. Porque aparte de que las mismas autoridades en las que cree encontrar apoyo y documentación para la tesis que sustenta, es decir, los historiadores primitivos, españoles con ligerísimas excepciones, prueban que otros han amado también la verdad y han revelado humanitarios sentimientos y viril entereza para no enmudecer cuando era peligroso oponerse á las corrientes de la opinión; aparte de esas

autoridades, digo, están otras modernísimas, españolas y americanas, bien conocidas del Sr. García, aunque, á lo que parece, no estimadas ni respetables para él.

Podría yo aducir aquí para fundar mejor esta observación, innumerables testimonios ó recordar sencillamente los títulos de las obras á que aludo; pero no es necesario, porque como he dicho las conoce y posee el Sr. García, y porque esa noticia bibliográfica daría desmesuradas proporciones á esta disertación. Bastará á mi intento un solo nombre, el del más egregio de nuestros modernos historiadores, D. Manuel Orozco y Berra; sin que me retraiga de hacerlo el pobrísimo concepto en que tiene tal nombre el Sr. García.

Digo esto, no por mera suposición, sino en vista del desdén olímpico con que de la magna y monumental *Historia antigua y de la conquista de México*, se expresa el Sr. García en la TABLA BIBLIOGRÁFICA de los autores y ediciones que citó en su obra, cuando al llegar al Sr. Orozco y Berra, dice que su *Historia está minuciosamente documentada*, y que *el autor ha sido uno de nuestros historiadores que más se han distinguido por su constante labor*. ¿Nada más que esto? ¿En tan incoloras frases está contenido el juicio que le merece una de las más puras glorias mexicanas? Pues qué—y sin pretender yo rebajar los meritísimos trabajos de otros autores—¿cabe calificar así la producción histórica más extensa, más documentada, más filosófica y más desapasionada que se ha debido á autor nacional, cuando se llama el más eminente de nuestros bibliófilos é historiadores á D. Fernando Ramírez, y se dice no sin razón que sus notas y esclarecimientos á la *Historia de Prescott*, aventajan frecuentemente, en erudición y crítica, á la obra anotada?

Séame concedido volver por los fueros de la verdad y de la justicia tan inicuaamente violados por el Sr. García con dos rasgos de su pluma.

Principiaré por ponerme bajo la egida de un autor nada sospechoso para el del *Carácter de la conquista española en América*:

«Orozco y Berra—dice D. Alfredo Chavero en la Introducción á la *Historia antigua de México*, publicada hace pocos años, pero con posterioridad á la que trato de defender—Orozco y Berra, amigo, discípulo podemos decir del Sr. Ramírez, se inspiró en sus ideas y en sus enseñanzas, y aprovechando la rica biblioteca de aquél, cuando pasó á nuestra propiedad, realizó al fin el deseado proyecto de escribir la verdadera historia antigua de México. Fruto de estudios *de toda la vida* y de más de quince años de incesantes trabajos, su obra ES UN VERDADERO MONUMENTO. No hubo cró-